

P. ABBOTT y C. WALLACE

An Introduction to Sociology: Feminist Perspectives

(Londres, Routledge, 1990)

La Sociología es una ciencia que trata de comprender y explicar la sociedad en que vivimos. Sin embargo, durante los cinco años de que consta la carrera, no se proporciona a los futuros sociólogos las más mínimas claves para la comprensión de la situación de la mujer en la sociedad actual. Una vez licenciados, no existe ninguna oferta de estudios de postgrado en Sociología que aborden global y sistemáticamente el tema de la mujer, y tampoco es fácil informarse sobre la manera en que la Sociología, como ciencia de la sociedad, puede contribuir al conocimiento del papel y circunstancias en que viven las mujeres. Es difícil, por tanto, no adoptar una postura crítica ante la Sociología clásica cuando ésta obvia lo que le ocurre a más de la mitad de la población.

El libro de P. Abbott y C. Wallace, profesoras de Sociología británicas, contribuye a denunciar la falta de interés de esta disciplina por el tema de la mujer y la inadecuación de la teoría y métodos de la Sociología dominante a la hora de abordar su estudio. Las autoras plantean numerosas preguntas, nuevas y diferentes, sobre la mujer; para contestarlas es preciso adoptar una posición crítica ante la corriente dominante en la Sociología, que ha visto los papeles de las mujeres como naturales, biológicamente dados y, por lo tanto, faltos de interés. Preguntas como ¿por qué los hombres no cuidan a los niños?, ¿por qué los hombres disfrutan del ocio y las mujeres no?, ¿por qué las mujeres se dedican a las tareas domésticas y no los hombres?, ¿por qué las mujeres tienden a subordinar su carrera a la de

sus maridos?, ¿por qué los intereses, experiencias y conocimientos de las mujeres son vistos como subjetivos y poco «importantes»?), son temas fundamentales que no han sido planteados por la Sociología convencional. La obra, un libro de texto dirigido al primer año de Sociología, trata de aportar luz sobre estos interrogantes.

La posición crítica contra la Sociología convencional que se adopta desde el principio lleva a las autoras a realizar un libro introductorio que estudia diversos ámbitos en los que se desenvuelve la mujer (estratificación, clases sociales y movilidad social / infancia, juventud y educación / la familia y el hogar / salud, medicina y atención primaria / división del trabajo, trabajo doméstico y mercado laboral / crimen, desviación y violencia / política, estudios electorales, feminismo, Estado del Bienestar), a la vez que recoge las teorías e investigaciones clásicas y las contrasta con teorías e investigaciones feministas en cada uno de estos ámbitos. Tal y como las autoras recomiendan en el prefacio, es una buena idea, para quien quiera incorporar o informarse sobre la perspectiva feminista en Sociología, leer el capítulo correspondiente de este manual después de leer el mismo capítulo de un texto convencional.

Junto a estos apartados destacan los dos capítulos de comienzo y cierre del libro, donde se muestran las cuestiones teóricas, empíricas y políticas que provoca la crítica feminista de la Sociología. A lo largo del libro el feminismo es considerado

como una teoría, una visión global, que dota de sentido al mundo en que viven las mujeres; de ahí la necesidad de introducirlo como perspectiva de análisis dentro de la Sociología. Argumentando que la ciencia no es neutral y que todo conocimiento es parcial y provisional, señalan cómo la investigación sociológica hecha por los hombres ha ignorado, distorsionado y marginado a la mujer. El conocimiento feminista, en cambio, desafía las asunciones teóricas básicas de la investigación «masculina» dominante y contribuye a un mejor desarrollo de la Sociología al posibilitar la comprensión de la experiencia de las mujeres como mujeres. En el libro se recogen las voces de sociólogas feministas como Anne Oakley (pp. 1, 80, 87, etc.), quien opina que la orientación masculina hace que en la Sociología las mujeres sean invisibles. El enfoque masculino introducido en las definiciones de las áreas disciplinarias reduce a las mujeres a un tema lateral.

Las autoras tratan de superar el habitual planteamiento «biologicista» a la hora de explicar la situación de las mujeres, puesto que si aceptamos, por poner un ejemplo, que la biología de las mujeres hace que tengan que cuidar a los niños, entonces no nos preguntaremos nunca por qué los hombres no se encargan de esta tarea. Si las mujeres están descontentas con su papel de madres o esposas, el enfoque «biologicista» nos lleva a asumir que hay algo malo en ellas: o no son total o biológicamente mujeres o, quizá, están enfermas mentalmente.

Los sociólogos deben evitar estas explicaciones individualistas y «biologicistas», típicas del sentido común, que tienden a culpabilizar a la víctima. No obstante, mientras que ningún buen sociólogo hoy en día acepta las teorías individualistas y las centradas en las diferencias biológicas para explicar las divisiones de clase, o la delincuencia, o el éxito o fracaso escolar, las autoras señalan que se continúan aceptando para explicar el papel de las mujeres en la esfera doméstica. Los sociólogos deben, por lo tanto, también en el tema de la mujer, desarrollar su imaginación sociológica, es decir, la habilidad de descubrir que los problemas personales son en realidad enfermedades públicas¹. Lo que se percibe muchas veces como problema individual sólo puede ser comprendido y explicado cuando se examinan factores y estructuras sociales, económicas y políticas.

La concepción feminista de la Sociología que las autoras quieren desarrollar a lo largo del libro no trata de separarse de la Sociología convencional, ni tampoco busca integrar los estudios de la mujer como apéndices del conocimiento sociológico dominante, sino que busca reconceptualizar, desde la posición de las mujeres, tanto la teoría como la investigación sociológica. Decimos «busca reconceptualizar» porque no creemos que se haya conseguido este propósito. La ausencia de un marco teórico uniforme a lo largo del libro, que reconceptualice efectiva-

mente la Sociología desde una perspectiva feminista, y la pluralidad de ámbitos que se tocan obliga a tratar cada uno de ellos de forma aislada y desde posiciones diferentes. Algunos capítulos, como, por ejemplo, el que versa sobre crimen, desviación y violencia, siguen un enfoque teórico, desglosando las distintas teorías sociológicas sobre la delincuencia, que contrasta con el enfoque empírico y aplicado del referido a la estratificación, clases sociales y movilización social, donde se elabora un concepto de clase social que incluye más adecuadamente a las mujeres. Otros capítulos son esencialmente temáticos, como los que tratan la familia y el hogar, salud, medicina y atención primaria, o el dedicado a la mujer y la política. En nuestra opinión, este afán por la deconstrucción de la Sociología dominante es una muestra más del intento feminista de los últimos años por la deconstrucción más general de la tradición intelectual occidental, para conseguir que el conocimiento científico se adapte al punto de vista y a las experiencias concretas de las mujeres².

Una de las mejores características del libro es el intento sistemático de las autoras de recoger y seleccionar las investigaciones, fuentes y teorías más significativas que dentro de la tradición feminista (muy abundante en el mundo anglosajón y francés) analizan los ámbitos mencionados, sin dejar al margen los problemas que no son resueltos por esta tradición y las críticas que reciben.

¹ C. WRIGHT MILLS, *The Sociological Imagination*, Nueva York, Oxford University Press, 1959, pp. 3-24.

² S. BENHABIB y D. CORNELLA (eds.), *Teoría Feminista y Teoría Crítica*, Valencia, IVEI, 1990, p. 9.

Además, las autoras nos muestran que no existe una perspectiva feminista única. Las feministas están de acuerdo en que las mujeres están subordinadas, pero se dan entre ellas desacuerdos fundamentales respecto a las causas de esta opresión y en cuanto a las estrategias para conseguir la liberación. Hay cuatro perspectivas que han producido conocimiento de relevancia para la Sociología: liberal/reformista, marxista, radical/revolucionaria y feminismo socialista. Sin embargo, la intención expresada al principio del libro de desarrollar la posición de estas cuatro perspectivas en cada uno de los ámbitos estudiados no se ha llevado a cabo en capítulos como el de estratificación y clase social, familia y hogar o salud, medicina y atención primaria, en los cuales o bien se adopta la perspectiva feminista socialista o bien se sigue simplemente el enfoque sociológico convencional. La perspectiva feminista con la que las autoras se sienten más identificadas es el feminismo socialista, que considera que la opresión de las mujeres es tanto un aspecto del capitalismo como de las relaciones patriarcales. La perspectiva socialista de las autoras puede provocar en el lector, por su excesivo estructuralismo, una sensación de asfixia y falta de soluciones ante la discriminación de la mujer; pero, por otro lado, hay que reconocer también la potencialidad crítica y explanatoria de este tipo de divisiones globales que siempre ayudan a ilustrar la situación de los marginados, y en este caso de las mujeres.

Abbott y Wallace se preguntan también por el origen histórico de las asunciones sexistas en Sociología. En su opinión, estas asunciones se han desarrollado desde el mismo momento en que nació la Sociología en el XIX. Los sociólogos estaban entonces interesados en estudiar la esfera pública, es decir, el mundo político, el mercado y el lugar de trabajo, donde se venían produciendo importantes cambios. La esfera doméstica y las relaciones privadas eran ignoradas, ya que la diferencia entre la esfera pública y la privada, entre los papeles femeninos y masculinos, era vista como algo natural y, por tanto, no problemático. El énfasis tradicional de la Sociología sobre el Estado, la economía y otras instituciones públicas como principales fuentes de opresión ignora el poder y la opresión que se produce dentro de instituciones privadas como la familia y en las relaciones personales, tanto en la esfera pública como privada.

En el capítulo sobre política y mujer, merecen especial atención los comentarios sobre los estudios electorales y las críticas a ciertas características del Estado de Bienestar. Así, en primer lugar, Abbott y Wallace discrepan de los estudios electorales que afirman que las mujeres votan menos que los hombres, son más conservadoras, más inconstantes o cambiantes en sus opiniones políticas, o más influenciadas por los candidatos y las personalidades. Un repaso a la literatura muestra que estas afirmaciones están basadas en una evidencia empírica muy débil. De esta forma, muchos estu-

dios electorales asumen que la mujer está menos interesada en política o que sus demandas e intereses no son auténticamente políticos, ya que su interés y dedicación principal está en la esfera doméstica, familiar y moral. Por el contrario, las autoras apuntan que la división entre la esfera pública y privada es en sí un tema político y afirman que las preocupaciones por las condiciones de trabajo, la educación de los hijos, los servicios sociales, etc., es una cuestión moral o social más que política, es realizar un juicio de valor desdeñoso, e ignorar la base sobre la que muchas mujeres realizan sus decisiones políticas.

Respecto al Estado de Bienestar, se señala cómo las políticas públicas han construido y reforzado la posición tradicional de las mujeres como esposas y madres. Estas políticas se basan en una serie de ideas como que el hombre debe ganar un salario familiar (es decir, un salario suficiente para mantener a una mujer no-empleada y a los niños), la protección a la mujer mediante subsidios de desempleo, enfermedad, vejez y viudedad asumiendo que el marido es el trabajador-contribuyente, la limitación legal de las horas y tipo de trabajo que las mujeres podían ejercer y la educación obligatoria con horarios incompatibles con el trabajo de jornada completa de ambos cónyuges. Para las autoras, la asunción de que la mayoría de las mujeres puede depender de los salarios y las contribuciones a la Seguridad Social de los hombres encubre los bajos salarios de las mujeres trabajadoras y los pocos recursos que

las mujeres pueden controlar. El resultado más dramático está en las cifras que muestran que dos tipos de hogares en Gran Bretaña son los más susceptibles de vivir en la pobreza: las mujeres mayores que viven solas y las familias uniparentales con cabeza de familia femenino. Por último, hay que destacar, en relación a la metodología de la investigación sociológica, la denuncia que las autoras realizan de la tendencia que existe a no considerar a la mujer como actor y agente social, hacedor de conductas y no víctima o reverso de la acción masculina. Así se muestra en los capítulos dedicados al crimen, desviación y violencia, en particular, pero también aparece en los referidos a la estratificación social y clases sociales, y en el capítulo que concluye el libro.

En general, es un libro básico e introductorio y, en ese sentido, puede adolecer de simplicidad, siendo a veces bastante repetitivo. Se podrá estar o no de acuerdo con las tesis desarrolladas en este libro, pero es, sin lugar a dudas, un trabajo estimulante, provocativo intelectualmente, riguroso y positivo, en cuanto que pretende realizar una crítica constructiva y no separatista de la Sociología. Este libro ayuda a reflexionar a los sociólogos sobre su propia profesión y disciplina, que no puede ignorar por más tiempo las divisiones de género, al mismo tiempo que ayuda a comprender mejor la posición de la mujer en la sociedad.

Rosa BERGE BRAVO
M.^a José EGUILUZ GONZÁLEZ

JULIA VARELA y FERNANDO ALVAREZ-URÍA

Sujetos frágiles

(Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1989)

Para cualquier lector es de sobra conocido que, en las actuales circunstancias, la tónica general son los discursos que insisten de manera reiterada en los logros y eficacias de la organización económico-política y sociocultural del «norte y los norteños», sin apenas tener en cuenta lo que esto supone de explotación, marginación, castigo, estigmatización, control, manipulación, agobio y pobreza para los miembros de la misma sociedad situados en la altitud opuesta: todo se reduce a escribir sobre el éxito del norte y los constantes fracasos del sur.

Aquí utilizaremos el recurso norte-sur en toda su amplitud tanto extensiva como intensivamente, para referirnos a cómo el norte-riqueza y el sur-pobreza es una evidente realidad. Pero no sólo al nivel de unos países en relación con otros, sino que también este modelo es aplicable a la totalidad de las sociedades que constituyen el complejo conjunto norte-sur. Por lo tanto, partimos del supuesto, con las oportunas diferencias de grado, de que existe un norte-riqueza y un sur-pobreza en todas las sociedades que existen y que, a medida que nos aproximamos al sur, las diferencias norte-sur son cada vez mayores.

La información al respecto es cada vez más firme: se trata de problemas estructurales. El norte-riqueza implica el sur-pobreza.

Sin embargo, frente a este tipo de constantes —escribir sobre el éxito del norte— ya comunes emergen, lamentablemente en muy menor medida, escritos dignos de toda clase de elogios, entre los cuales se encuentra *Sujetos frágiles*. En esta obra, lúcida, imaginativa, atrevida y rigurosamente elaborada, se trata de hacer hincapié y prestar la mayor atención a aquellos determinados y específicos sectores de la realidad social (normalmente silenciados) que se encuentran ubicados en los límites «sureños» de toda y cualquier sociedad conocida y existente.

Son éstos unos ensayos, de sociología de la desviación, donde se adopta una perspectiva analítica que difiere, tanto en su forma y contenido como en sus objetivos, de la mayoría de los planteamientos que se realizan sobre dichas cuestiones. De ahí que sea, desde un primer momento, observable el que sus autores se hayan desembarazado de ciertos supuestos teórico-metodológicos afines y consecuentes con la lógica institucional-científica predominante en las ciencias sociales, y que no es otra más que la aparentemente natural lógica de la dominación. Lógica construida y reconstruida interesadamente de forma ritual y cotidianamente por las instituciones, sus mecanismos y agentes, y que, de manera necesaria e ineludible, deberá ser asumida por los participantes de sus proyecciones en el constante proceso de domesticación.

Cuando todo se reduce a formulaciones sobre lo que podríamos denominar, por contraposición, sujetos fuertes, en la obra que estamos analizando, cuyo título responde de manera adecuada al contenido de la misma, se deduce la fragilidad como consecuencia inevitable de la consistencia: se examina lo frágil y lo fuerte partiendo del supuesto inexcusable de que una correcta comprensión y explicación de ambos límites sociales exige un tratamiento que tenga en cuenta sus relaciones, interacciones e implicaciones tanto dialécticas como mecánicas, que a la postre son las que engendran o generan lógicamente las resultantes diferencias extremas que supone la pertenencia a uno u otro límite de la sociedad.

En la actualidad se admite que son unos concretos factores —económicos y simbólicos fundamentalmente, ya que el resto son accesorios o complementarios— los que determinan la existencia de fronteras sociales —léase diferencias o desigualdades—. No obstante, conviene recordar que tales límites comprenden tanto lo que abarca cada sociedad en particular como los que suponen las relaciones existentes entre todas ellas en general.

No son muchos los autores interesados en contribuir con sus conocimientos a esa difícil y problemática tarea que consiste en desvelar algunos de los fundamentos y razones —sinrazones— de la dominación. Si a esta carencia se añaden, por una parte, las fructíferas labores llevadas a cabo por los medios de adoctrinamiento en la subordinación

y, por otra, los efectos devastadores de la crisis económica con sus terribles y temibles secuelas de paro e insolidaridad, obtendremos un negativo que después de su revelación ofrecerá una imagen de la sociedad tal y como la suelen presentar y representar aquellos que tan sólo hacen notar las suficiencias y alegrías del «norte y los norteños».

Pero sucede que, y los lectores lo saben muy bien, toda imagen fotográfica o similar sólo reproduce la superficial realidad: es, por tanto, de forma inequívoca una ficción sobre la realidad porque no ofrece el trasfondo que subyace a dicha realidad.

Por extraño que parezca, aunque suele ser así, acaece y ocurre que se discurrea y construyen a partir de esta «superficial y parcial realidad» tanto disertaciones políticas —lo que, obviamente, no es causa de tanta sorpresa— como análisis sociológicos incluso con la coletilla —para más inri— adicional referida a su elaboración científica. Y digo científica puesto que, siguiendo los postulados más rudimentarios del positivismo, suponen que es «científico» todo aquello que se atiene o se basa en lo que *es* la realidad, sin entrar en cuestiones relativas a las superficialidades posibles de esa realidad o a las parcialidades de ese *es* analizado. Aquí, y no en otro lugar, es donde se produce la problemática metodológica y epistemológica que divide y mantiene en constante crisis a las ciencias sociales.

Es admisible decir que se insiste ofensiva y defensivamente en lo que *es* por reacción acrítica a los que

presentan, críticamente, frente a lo que *es* lo que *debería ser*. En esta situación, lo único que se puede producir y reproducir son discursos que, unos por exceso de positivismo primitivo y otros por exorbitancia de idealismo, conducen a una especie de estancamiento de las ciencias sociales, en general, y de la sociología, en particular, puesto que no informan ni siquiera de forma aproximada de lo que es la compleja realidad social.

Asumiendo el pluralismo, y abandonando consecuentemente los compromisos ajenos a la sociología, pienso que una forma más acertada —ya existen ejemplos paradigmáticos— y rigurosa de hacer análisis de/sobre la realidad social es seguir una estrategia de investigación que, asumiendo la positividad de lo reflejado por la imagen fotográfica, se sumerja plenamente en las profundidades de lo superficial para constatar —positivamente— las evidencias no declaradas o no reflejadas por la susodicha imagen, por la formalidad.

Sabemos que, si deseamos mantenernos en el campo de lo estrictamente sociológico, a nuestra investigación le es exigible que atenerse a lo que *es* reclama tratar conjuntamente lo que le es correlativo, o en otros términos: los «sujetos fuertes» no se construyen y reconstruyen en el vacío, sino que implican de forma ineludible la existencia de los llamados «sujetos frágiles». De manera breve, y siguiendo los criterios de la más plausible rigurosidad científica, convenimos en admitir que: el «*es*» se refiere tanto a los sujetos de la riqueza como a los de la pobreza.

Ambos constituyen la compleja realidad social. Más aún: la realidad es definida, controlada, monopolizada, administrada y transmitida por medio de los diversos mecanismos y agentes a su disposición, por los denominados «sujetos fuertes», que así consiguen la «producción y reproducción» de su dominación y consistencia. De este modo, se produce la domesticación de los débiles y su adaptación a las dificultades y adversidades que le plantea el medio en el cual nacieron y tienen que sobrevivir. El efecto principal que origina dicha socialización es la obediencia y servidumbre activa y efectiva de los «sujetos frágiles», que cotidianamente engendran y re-engendran las condiciones objetivas que permiten la existencia de los de «arriba-fuertes» y, consecuentemente, los de «abajo-débiles» —repito— en toda y cualquier sociedad.

En mi opinión, resulta pertinente, dado el carácter y sentido que tiene la recensión que estoy realizando, citar sin apenas comentario alguno, ciertas afirmaciones realizadas hace mucho tiempo por Etienne de La Boétie y que significativamente son de plena actualidad, puesto que evidencian algunos de los soportes del sometimiento. Para empezar, dice el citado autor que «la primera razón por la que los hombres sirven de buen grado es la de que nacen siervos y son educados como tales» (E. de La Boétie, *El discurso de la servidumbre voluntaria*, Tusquets Editores, Barcelona, 1980, p. 77) y «así, los hombres que nacen bajo el yugo, educados y criados en la servidum-

bre, sin mirar más allá, se contentan con vivir como nacieron y, sin pensar en tener otro bien ni otro derecho que el que encontraron, aceptan como algo natural el estado en que nacieron» (E. de La Boétie, *op. cit.*, p. 67). La domesticación-socialización y el adiestramiento son tan eficientes que los dominados cumplen ejemplar y reflexivamente con lo que constituyen sus cometidos y con la normativa exigida por la dominación (debo hacer notar que no tienen otra opción pues las otras posibles, por el momento, son irrealizables o bien son punibles y están sancionadas negativamente). Dicho cumplimiento no necesita de la presencia fáctica de las instancias gubernamentales, pues la socialización ha hecho y hace de cada uno y de todos, sujetos vigilantes-vigilados y, a la vez, fieles cumplidores de las máximas inculcadas. Con razón, E. de La Boétie hacía la siguiente pregunta: «¿De dónde ha sacado tantos ojos para espiarlos si no es de vosotros mismos? Los pies con los que recorre vuestras ciudades, ¿acaso no son también los vuestros?» (E. de La Boétie, *op. cit.*, pp. 59-60).

Asumiendo que: «La naturaleza del hombre es ser libre y querer serlo» (E. de La Boétie, *op. cit.*, p. 73), no podemos dejarnos arrastrar por los idealismos que contribuyen a mantener la situación, ya que suelen olvidarse de que con el hombre ocurre que «también su naturaleza es tal que, de una forma natural, se inclina hacia donde le lleva su educación» (E. de La Boétie, *op. cit.*, p. 73). Y aunque: «los médicos dicen que es inútil intentar cu-

rar llagas incurables, y quizá por eso no actúe yo con sensatez al intentar hacer reflexionar a aquellos que han perdido desde hace mucho tiempo todo conocimiento y ya no sienten el mal que les aflige, pues eso confirma que su enfermedad es mortal. Procuremos descubrir, no obstante, si podemos, cómo se arraiga esa pertinaz voluntad de servir que podría dejarnos suponer que, en efecto, el amor a la libertad no es un hecho natural» (E. de La Boétie, *op. cit.*, p. 61). Es probable que las dificultades de una eventual liberación aumenten, si tenemos en cuenta que el proceso de socialización constante que nos forma y conforma adaptándonos al medio social nos hace ser como somos —aunque no seamos—, subordinando nuestro ser a la dinámica de las cambiantes exigencias de la sociedad que producen nuestro no-ser, siendo meros actores sociales que recitan y activan escrupulosamente los papeles que les ha tocado representar en ese escenario que es la sociedad. En fin, como argumentaba L. Martín Santos, «por una parte, el hombre no puede ser olvidado, ni debe ser absolutizado; pero por otra, es un actor en un escenario que ya tiene su estructura, su orden y sus limitaciones, y es dentro de ese escenario donde debe evolucionar, recitar papeles, hacerse preguntas. Y al final, quizá lo más suyo sean sus errores y una lógica dubitativa con la que pretende instalarse en el mundo» (L. Martín Santos, *Diez lecciones de sociología*, FCE, Madrid, 1988, p. 59). De ninguna manera podemos omitir el referente inexcusable que es el proce-

so de socialización y, en este sentido, tenemos y debemos tener presentes las ya de sobra conocidas y ejemplares aportaciones que suponen los discursos tanto de Ch. H. Cooley y G. H. Mead como los de G. Tarde y E. Durkheim y, sin duda alguna, el de K. Marx sobre el tema.

Deseando ser breve, nada mejor que acudir a la lucidez de E. Lamo de Espinosa, quien comentando, brillantemente, las teorías «laboral y comunicativa» de la sociedad, dice, en resumen, respectivamente de ellas: «la situación es la situación, al margen de lo que se piensa de ella» (E. Lamo de Espinosa, *La teoría de la cosificación: De Marx a la Escuela de Francfort*, Alianza Editorial, Madrid, 1981, p. 171) y «la definición de la situación es la situación» (E. Lamo de Espinosa, *op. cit.*, p. 172).

No en vano, V. Pareto, G. Mosca y R. Michels, entre otros, insistieron en el por qué y el cómo (con las oportunas diferencias que existen entre ellos) de la existencia y permanencia de las élites y, así, comprensiblemente, A. Gramsci insistió en su momento en la necesidad y pertinencia de una previa «hegemonía cultural».

Dando por supuesto y asumido lo dicho hasta ahora, llama la atención que después de tantos años de luces, ciencia, producción y riqueza quepa aún el preguntarnos: ¿por qué la realidad social «es» —riqueza de unos, pobreza de la mayoría, con todo lo que ello conlleva de desigualdad e injusticia— a pesar de lo que es y genera?

Cuando los productos del conocimiento producen la «desma-

gificación», que se extiende de forma progresiva por todos los órdenes y niveles de la vida social, es necesario que los hombres conozcan —los de «arriba» y los de «abajo»— las causas reales y las evidentes razones —sinrazones— de su situación y realidad. Y esto por dos simples cuestiones: que ni unos ni otros se achaquen lo que no son (supermanes o coyotes); y otra, para que de este modo los seres humanos construyan conscientemente a través del conocimiento y no de la ignorancia, democráticamente, una sociedad más humana, justa y razonable.

Es un hecho, entre las distintas producciones que se realizan en la sociología, la existencia de dos tipos generales de discursos sociológicos que producen y potencian formas diferentes de concebir el objeto y los fines de las investigaciones sociológicas que se realizan sobre la sociedad y sus moradores los hombres. Aquí, la cuestión ineludible es el siguiente dilema: la sociedad y sus instancias al servicio del hombre o el hombre como instrumento de la sociedad. Es por esta razón por lo que la clave del asunto suele encontrarse definida —de manera velada— previamente en toda investigación social. Por eso es probablemente cierto que todo investigador social tiene sobre sus hombros una u otra teoría sobre el hombre y la sociedad. Aunque esto pueda parecer una trivialidad, no podemos olvidar que es aquí, y no en otro lugar, donde se ubica e instrumentaliza el que la sociología sea una disciplina al servicio de una u otra concepción que se tenga del hombre y la sociedad y,

por derivación, la instrumentalización de uno sobre otro.

Tanto si acudimos a los precursores, a los fundadores o a los clásicos de la sociología como a los autores contemporáneos de la misma, observaremos desde un principio, en sus discursos, ciertas notas caracterizadoras y condicionantes que determinan de una u otra manera qué entienden —que entendemos— cada uno de ellos —de nosotros— por sociología y cuál es, en definitiva, la función social que tiene que cumplir: todo razonamiento sociológico implica una noción precisa sobre cuáles son las posiciones y papeles de los hombres y la sociedad respectivamente. Es decir, toda construcción sociológica arranca de una particular y específica teoría sobre el hombre y la sociedad. De ahí que, precisamente, existan teorías divergentes en tanto que unas sitúan a la sociedad en la cúspide y otras que, sin abandonar la construcción societaria, tratan de disponerla al servicio del hombre. La historia del pensamiento sociológico es clara al respecto: los postulados de Comte en ningún momento pueden confundirse con los de Marx (aunque esto no sea óbice para que algunos puedan haberlo confundido). Es patente que para cualquier analista el problema o enredo consiste, por lo tanto, en que no se puede compatibilizar lo que es incompatible: no podemos defender la lógica del sistema que instrumentaliza al hombre y, al mismo tiempo, amparar la desinstrumentalización del ser humano. Esto sería abundar en las

retóricas que ya muy pocos sustentan.

Pienso que ayuda mucho, en estos menesteres, acudir a los textos escritos y contraponerlos en sus justos términos, para observar las diferencias que se establecen si asumimos uno u otro tipo de coordenadas teóricas y metodológicas, porque unos y otros suponen distintas funciones tanto para los actores como para las instituciones.

La oferta —la confusión— está servida: para unos en su conjunto, el sistema permite el desarrollo y plenitud del hombre, mientras que, para otros, tal sistema conduce a la total subordinación y anulación: aquí los fallos son de las instituciones, allí el que falla es el hombre en general.

Servido el embrollo y ante la deplorable situación en que nos encontramos —llena de regocijo y satisfacción intelectual—, los antidotos o correctivos que están emergiendo tímidamente, como es el caso del libro que hoy presento, el cual sin abandonar, en ningún momento, las coordenadas de la ciencia social más rigurosa va a insistir en: la dominación en sus múltiples y variados aspectos, las claves de la dominación y los controles que se ejercen para que sea asumida como algo natural, la necesidad que existe de ocuparse de los marginados y débiles de nuestro tiempo y sociedad, mostrar las tendencias a que conduce el proceso económico capitalista —sociedad capitalista—, señalar algunos de los fundamentos de la marginación e indigencia social, la poca atención, des-

preocupación u olvido consciente que existe por estos temas en las ciencias sociales, ofrecer transparencia y rigor donde la tónica general es la tergiversación y la manipulación interesada, los costes sociales que supone la imperancia y dominio del sistema y sociedad capitalista —sin control efectivo o real—, descompatibilizar lo que es incompatible y que algunos intentan compatibilizar, la vigencia, producción y reproducción de la dominación sobre la base de la subordinación de la mayoría de los hombres al sistema —recordando memorablemente a las víctimas de éste y en este contexto—, la necesidad de nuevos planteamientos sociológicos que contribuyan a través del conocimiento a transformar esta realidad social que está construida con altas dosis de explotación, autoritarismo, control, sufrimiento y opresión y, además, ofrecen conocimientos-informaciones sobre las causas y modos de todas estas cuestiones para que de esta manera podamos elaborar la tan recurrida —y nunca realizada— construcción democrática de nuestro destino.

La obra *Sujetos frágiles*, de Julia Varela y Fernando Alvarez-Uría, es ejemplar y muy recomendable —¡ojalá insistan en esta línea!— porque asume como tarea importante, para la sociología, el ocuparse tanto de los desheredados de la sociedad como de los efectos negativos que sin duda alguna genera una organización social, cuyo valor máspreciado —y más potenciado— es el dinero, con el consecuente tratamiento mercantil del ser humano: el

hombre es tratado como una mercancía más en un mercado (esto implica el resto), que desconoce las más elementales reglas de lo humano.

Y para finalizar, nada mejor que presentar algunos pasajes de esta lúcida, rigurosa e imaginativa obra que nos dispensarán de insistir repetitivamente en sus logros, que son muchos y sobresalientes. Los autores aluden a una situación en la cual se hace constar «predomina en las sociedades avanzadas una metafísica del sujeto en relación de servidumbre con la religión del capital» (Julia Varela y Fernando Alvarez-Uría, *Sujetos frágiles*, FCE, Madrid, 1989, p. 9) y que frente al olvido de los analistas «la pobreza, la explotación, la marginación y el desarraigo, en la medida en que no son analizados se convierten en gran medida en fenómenos sociales inexistentes» (J. Varela y F. Alvarez-Uría, *op. cit.*, p. 12). De ahí que frente a la omisión generalizada «los científicos sociales que se resistan a convertirse en meros portavoces de la razón instrumental o en los encargados de la cirugía estética y la cosmética de los poderes instituidos no puedan evacuar de sus análisis la estimación de la distancia que existe entre las representaciones edulcoradas de las relaciones sociales y la violencia realmente existente» (J. Varela y F. Alvarez-Uría, *op. cit.*, p. 13), y por eso dada la actual situación «no parece excesivamente favorable a quienes, a riesgo de parecer anacrónicos, aún piensan que la lucha por la igualdad sigue constituyendo hoy un objetivo prioritario de la teoría y de la

práctica políticas» (J. Varela y F. Alvarez-Uría, *op. cit.*, p. 17). Pero está muy claro que «fenómenos como la propaganda, el control de la información, la formación de la personalidad autoritaria, la socialización familiar y otros reenvían todos ellos a la necesidad de construir una teoría que permita aclarar por qué los dominados acatan la autoridad de quienes dominan otorgando así legitimidad a la dominación» (J. Varela y F. Alvarez-Uría, *op. cit.*, p. 24).

De esta manera: «Caminamos a grandes pasos hacia sociedades bipolarizadas entre la abundancia y la pobreza. El arte de la política parece condensarse hoy en maximizar una y controlar la otra» (J. Varela y F. Alvarez-Uría, *op. cit.*, p. 165), por lo que no puede causar asombro que «en general, triunfa la lógica del sálvese quien pueda» (J. Varela y F. Alvarez-Uría, *op. cit.*, p. 163).

Son muy escasas las posibilidades de que disponemos en la sociedad en que nos ha tocado vivir, a no ser que ejerzamos aquella en la que toda libertad —la idea que hoy se difunde interesadamente de ella— postmoderna se resuelve: consumir. Nuestra sociedad es una sociedad capitalista y su mentalidad, construida racional e instrumentalmente, es la del consumo: se consume eso, esto, aquello y todo lo que sea. El bienestar se alcanza consumiendo —dejo para otra ocasión lo relativo a quién puede y no ejercer esa idea de libertad y las consecuencias que derivan de la falta de capacidad adquisitiva, etc.; tampoco incidiré sobre los controles, actitudes y comportamientos de todos los tipos—. Papel de la

imagen, la propaganda y lo cotidiano. El viejo dicho «tanto tienes tanto vales» adquiere sus máximos de realidad.

Se puede decir, a partir de un conocimiento aproximado del sistema y la situación, que es lógico que la lucha por tener lo acapare todo: se es en tanto en cuanto se tiene. Como resultado de este proceso, hemos llegado a una situación en la que el consumo activo, contemplativo e incluso el imaginario han logrado hacer olvidar —efecto somnífero— las realidades más apremiantes y, también, aquellas que a diario esperan y se exigen para alcanzar —siendo lo que no deberíamos ser— los recursos necesarios que permiten sobrevivir en una jungla económica, política (en el sentido weberiano) y social donde lo humano es cada vez más inútil. Prácticamente todo está en función del capital: denodada pero real instrumentalización del hombre y de sus relaciones. El cambio o los cambios exigidos por el sistema son numerosos y sorprendentes: en tiempos inusitados se cambia de esto a lo otro. Demostración del dominio de lo tangible y efímero. Pragmatismo exacerbado. Papel del inconsciente y mecanización dialéctica de las respuestas. Los nuevos templos, con sus liturgias, rituales y ceremonias, son aquellos recintos donde se puede consumir la materialización del deseo construido publicitaria y socialmente. En estos lugares es donde todos —los que pueden—, a falta de otras libertades disponibles, ejercemos satisfactoriamente la función —que algunos consideran como apoteosis de

la libertad— de consumir lo que deseamos y que previamente al acto de consumir hemos sido informados por esa amplia gama de propaganda que cotidianamente y de forma gratuita invade nuestros buzones. El sistema y sus medios producen una cultura (por ejemplo, hoy es cultura para los situados en las coordenadas del fin de mes apretado todo aquello que informa dónde y cuándo es preferible comprar aquí y no allí, etc.) del consumo que, desde nuestra indefensión, reproducimos alegre, social y cotidianamente en los citados templos contemplando ese gran escaparate (al alcance visual de todos) de productos originales, reoriginales y sucedáneos —hay casi para todos en una oferta tanto extensa como intensa— para luego consumirlos y volver a «desear» (no olvidado, por otra parte, la escasez y la correspondiente falta de poder adquisitivo).

También van a insistir en cómo «actualmente está en auge la cultura somática. El cuerpo se ha convertido en blanco de múltiples atenciones y es al mismo tiempo un objeto privilegiado de dispendiosas inversiones» (J. Varela y F. Alvarez-Uría, *op. cit.*, p. 145); por eso «todo este nuevo interés que despierta el cuerpo, la moda y el diseño, la aceleración de los rituales de interacción están, qué duda cabe, estrechamente ligados a transformaciones sociales profundas, a cambios en el modo de producción y en las formas de relación, a la emergencia de nuevas formas de dominación» (J. Varela y F. Alvarez-Uría, *op. cit.*, p. 145). Debemos tener en cuenta que: «La

cultura del individualismo, del narcisismo, el cultivo del cuerpo, el consumo ostentoso de bienes de salud, la promoción de estilos jóvenes de vida alejados de los prejuicios del pasado, los cánticos a la espontaneidad, la alegría, la distinción y el individualismo rabioso, no constituyen un fenómeno ajeno al proceso de desmembración del campo social» (J. Varela y F. Alvarez-Uría, *op. cit.*, p. 160).

Sobre su análisis dicen los autores que «nuestro trabajo pretende cuestionar el presente no tanto a través de un estudio minucioso de la coyuntura económica o de las causas de la crisis cuanto a partir de determinadas formas de desviación social» (J. Varela y F. Alvarez-Uría, *op. cit.*, p. 15). Reconocen que «los pacientes e imaginativos trabajos de Michel Foucault constituyen piezas con las que inevitablemente habrá que contar si se quiere comprender la actualidad y contribuir a reconstruir el proyecto utópico que nació con la revolución» (J. Varela y F. Alvarez-Uría, *op. cit.*, p. 19). Piensan que «los trabajos de Michel Foucault han abierto la vía a una teoría crítica que se ha atrevido a cuestionar las raíces mismas de la racionalidad política» (J. Varela y F. Alvarez-Uría, *op. cit.*, p. 34) y así ineludiblemente «las producciones de Foucault no deben ser ajenas a este proceso epistemológico. Por ello, la finalidad principal de nuestras reflexiones consistirá en poner a prueba los trabajos genealógicos precisamente en el campo de la “desviación social”» (J. Varela y F. Alvarez-Uría, *op. cit.*, p. 36), y sin olvidar que,

asimismo, «los sistemas teóricos de los representantes de la llamada nueva escuela de Chicago no sólo nos interesan por ser coetáneos de la obra foucaultiana sino también, y especialmente, porque sus lúcidas producciones sociológicas se alejan de las explicaciones que ecologistas, culturalistas y funcionalistas proporcionaron sobre la desviación social» (J. Varela y F. Alvarez-Uría, *op. cit.*, p. 42). De esta manera ante el ideológico recurso de Durkheim y otros (frecuentemente utilizado y casi nunca puesto en tela de juicio) suponen que «el concepto de patología, en concreto, conduce a la naturalización del de normalidad mientras que normalidad y desviación son, como muestra la nueva escuela de Chicago, construcciones sociales históricamente determinadas» (J. Varela y F. Alvarez-Uría, *op. cit.*, p. 44).

En fin, nos dicen que «hemos denominado sujetos frágiles a los grupos humanos y colectivos que constituyen la más clara manifestación de las fuertes tensiones que implica la, a la vez rígida y flexible, lógica social imperante en nuestra era de capitalismo avanzado. La distancia cada vez mayor en el orden económico internacional entre los países ricos y los del Tercer Mundo, la reduplicación de esta misma distancia en el interior de las naciones; en fin, la conformación de polos antagónicos en el seno de las sociedades que van desde la marginación hasta la excelencia constituyen la mejor prueba de la institucionalidad de sociedades escindidas que expresan al desnudo los efectos devastadores derivados del afán de lucro, la efica-

cia y la competitividad. Son estos criterios capitalistas quienes regulan las relaciones internacionales y, en el seno de cada país, las relaciones sociales» (J. Varela y F. Alvarez-Uría, *op. cit.*, p. 10) y «los sujetos frágiles ponen en evidencia el carácter jerárquico y autoritario de nuestros sistemas sociales. Precisamente por ello resulta legítimo convertir algunas de las manifestaciones de la desviación social en el baremo que nos permita medir la distancia existente entre el ordenamiento jurídico oficialmente proclamado y las condiciones materiales de existencia» (J. Varela y F. Alvarez-Uría, *op. cit.*, p. 10). De tal modo que «el economicismo aparece como la nueva ideología legitimadora de las nuevas políticas administrativas, puesto que las decisiones se adoptan siempre en términos de rentabilidad y eficacia» (J. Varela y F. Alvarez-Uría, *op. cit.*, p. 11).

Para los autores, «*Sujetos frágiles* pretende contribuir a desvelar zonas oscuras de la vida social y por ello a una crítica del conocimiento sociológico, pues desde el punto de partida se ha optado por mantener una distancia con esas investigaciones administrativas que desfiguran y ocultan las realidades sociales menos bellas. Por eso nos adentraremos en submundos, en callejones oscuros, en zonas donde malviven sujetos cínicamente condenados a ser ignorados puesto que sus vidas no merecen ser iluminadas por los neones de la posmodernidad» (J. Varela y F. Alvarez-Uría, *op. cit.*, p. 16). Sin embargo, debemos tener en cuenta que «en todo caso, esos

sujetos frágiles, esos individuos sin atributos, los desposeídos por la economía y la teoría, son también sujetos tratados, controlados, sometidos a diversas instancias de control social específicos. Instituciones como la cárcel y el sistema jurídico contribuyen a hacer coincidir el orden establecido con el orden deseado que, en consecuencia, debe ser protegido» (J. Varela y F. Alvarez-Uría, *op. cit.*, pp. 158-159).

Debo manifestar abiertamente que, después de la lectura de estos ensayos, sólo cabe ponerse a trabajar —provocan entusiasmo— en esas parcelas o sectores de la sociedad que, inexplicablemente, solemos esquivar o rehuir. Análisis denunciantes de este tipo son los que desbaratan y desautorizan las falacias y el fraude que pueden o suelen ser aquellos «otros» discursos que muestran desdén por evidenciar las otras realidades de que se compone la sociedad y que, como he dicho anteriormente, son las tratadas en *Sujetos frágiles*. La razón sociológica descubre la esencia de la racionalidad y sus

oportunos complementos que concluyen en la razón político-ideológica. Por eso, se puede decir que a partir de *Sujetos frágiles* el conocimiento de la llamada realidad social se hace, a la vez, más completo y complejo.

Trabajos de esta índole son los que animan a seguir y perseverar en la posible realización de esos valores que conduzcan a la emancipación de esta lamentable situación. Valores que de hecho los autores enarbolan en todo momento y a lo largo de su obra.

Y para concluir decir que Julia y Fernando nos permiten redescubrir lo que ya había formulado Henry D. Thoreau: «seleccionamos el granito para los cimientos de nuestras casas y establos, construimos vallas de piedra, pero nosotros no nos asentamos sobre un entramado de verdad granítica, la más elemental roca primitiva. Nuestras vigas están podridas» (H. D. Thoreau, *Desobediencia civil y otros escritos*, Tecnos, Madrid, 1987, p. 17).

Manuel José RODRÍGUEZ CAAMAÑO

Nuevos paradigmas en sociología de las organizaciones

NEIL FLIGSTEIN

The Transformation of Corporate Control

(Cambridge —Massachusetts—, Harvard University Press, 1990)

MICHAEL T. HANNAN y JOHN FREEMAN

Organizational Ecology

(Cambridge —Massachusetts—, Harvard University Press, 1989)

La teoría sociológica de las organizaciones complejas se encuentra en plena ebullición. Hacía dos décadas que no se producían aportaciones importantes, es decir, desde los trabajos de Blau, Lawrence, Lorsch, Perrow, Pugh, Thompson y Woodward dentro de la llamada escuela tecnológica o de la contingencia organizativa de los años sesenta. Ahora, tras las «revoluciones» de la teoría de la agencia (Achian, Demsetz, Jensen) y de la teoría económica de los costes de transacción (Williamson, Ouchi), la sociología de las organizaciones vuelve a recuperar la iniciativa teórica y empírica de la mano de dos nuevos paradigmas que seguramente dominarán las discusiones científicas durante la década de los noventa. Se trata de la teoría *ecológica* de las organizaciones y del nuevo análisis *institucional* de las organizaciones, que, además de proponer un marco teórico novedoso, abogan por el uso de metodologías de análisis concretas y sofisticadas (los modelos de riesgos proporcionales, en el primer caso, y la etnometodología, el análisis de redes, y la regresión para variables cualitativas, en el segundo).

El libro de Michael T. Hannan y John Freeman, *Organizational Eco-*

logy, constituye el colofón de una serie de artículos teóricos y empíricos de estos y otros autores como Howard Aldrich y Glenn Carroll. Los supuestos teóricos empleados en los modelos ecológicos de las organizaciones son sencillos e ingenuos, pero permiten reducir los problemas empíricos mediante modelos rigurosos e hipótesis claras y definidas. En su formulación más simple, los autores estudian *poblaciones* de organizaciones; por ejemplo, las empresas del calzado, los partidos políticos o los clubes privados en un determinado ámbito geográfico. Las organizaciones nacen, se desarrollan y, muchas de ellas, mueren. Los procesos que subyacen a estos movimientos naturales se dividen en tres tipos que pueden entenderse como fases que se repiten *ad infinitum* a lo largo del tiempo: variación, selección y retención. Las organizaciones varían sus estrategias, estructuras y comportamientos a lo largo del tiempo en respuesta a las presiones competitivas del entorno en el que operan y también a causa de su búsqueda de legitimidad. Estas fuerzas tendentes al cambio se conceptualizan como fenómenos independientes de la situación reinante en el entorno en el que opera la

población de organizaciones de que se trate. Así, la estrategia, estructura o comportamiento adoptado por una organización determinada puede ser o no el óptimo para la supervivencia en el entorno. Además, las organizaciones se comportan con inercia, por lo que la adaptación a un entorno cambiante se dificulta enormemente.

La conjunción de entornos cambiantes (o no cambiantes) y de variaciones casi aleatorias de las estrategias y estructuras organizativas implica que no todas las organizaciones quedan «seleccionadas» por el entorno para seguir «viviendo». (Los términos entrecomillados no han sido elegidos al azar; son los empleados por los autores.) A más largo plazo, sólo podrán «sobrevivir» las organizaciones que «retengan» las estrategias, estructuras y comportamientos idóneos. Una idea esencial de la teoría darwinista de Hannan y Freeman es que las poblaciones de organizaciones han de observarse a largo plazo, durante cuarenta, sesenta, cien o incluso más años. Así, los autores hacen la hipótesis de que al principio la tasa de «natalidad» de nuevas organizaciones será creciente, puesto que a mayor número de organizaciones en la población mayor es la *legitimidad* del conjunto. Pero la tasa de natalidad comienza a desacelerarse cuando las presiones *competitivas* se hacen más onerosas, llegándose a un punto en el que la tasa de «mortalidad» supera a la de natalidad en la población. Este fenómeno no-monotónico (existen dos tónicas) se debe a que la probabilidad de supervivencia «de-

pende de la densidad». En términos llanos, se trata de que la capacidad de soporte del nicho donde «habitan» las organizaciones se ve afectada por el número de las mismas en relación a los recursos existentes, la *densidad* poblacional.

El atractivo sociológico de esta teoría radica en que se introducen en el marco analítico dos fenómenos aparentemente dispares: la legitimación de la población de organizaciones en su conjunto y la competencia entre las organizaciones individuales por controlar recursos (materias primas, mano de obra, personal cualificado, patentes, e incluso legitimidad social o legal). Además, la teoría ecológica de las organizaciones nos presenta un análisis *sistémico*. Otro aspecto atrayente es la posibilidad de generalizar el proceso de dependencia de la densidad descrito antes a todo tipo de poblaciones de organizaciones, pudiéndose incluso descubrir «leyes» de comportamiento. Pero el atractivo termina precisamente aquí. Los autores no ponen en relación los procesos subyacentes de legitimación y competencia con los procesos vitales observados en la población, es decir, el nacimiento, crecimiento y muerte de organizaciones. Además, el ansia por hallar leyes de comportamiento suele conducir a generalizaciones insostenibles que desprecian la especificidad histórica, cultural o geográfica del objeto de estudio en favor de una concepción evolutiva y macroscópica en la que se diluye la diversidad y riqueza del mundo real.

Esta imperfección del marco teórico de la ecología de las organizaciones no es el mero resultado de la concepción particular del mundo o de la teoría sociológica que sostienen Hannan y Freeman. Los autores se hallan enormemente restringidos por la metodología que *desean* aplicar para contrastar su teoría con la realidad. Esta metodología se fundamenta en el extraordinario avance en el análisis de datos vitales realizado por la estadística desde que se publicó en 1972 un artículo seminal de David R. Cox en el que se formulaba un modelo de riesgos proporcionales y se proponía cómo estimarlo. Hannan y Freeman, junto con Nancy Tuma, son los sociólogos que mejor conocen las posibilidades de estos modelos de regresión y métodos de estimación, y este hecho ha influido decisivamente en el *tipo* de teoría presentada en *Organizational Ecology*.

En efecto, el tipo de variables incluido en su marco teórico se restringe a aquellas que pueden *medirse* a lo largo del tiempo para *cada* organización perteneciente a la población objeto de estudio. No cabe pues plantearse si existen disensiones internas respecto a los objetivos organizativos, si las organizaciones cuentan con una tecnología distinta, si su tamaño es muy diferente, o si hay ciertas características asociadas con un mayor poder de negociación. En los capítulos empíricos de *Organizational Ecology* se analizan las poblaciones de sindicatos, diarios de información y empresas electrónicas en Estados Unidos durante períodos prolongados de tiempo. Los au-

tores llegan a la repetida conclusión de que las variables de densidad poblacional (con un término cuadrático para captar la pauta no-monotónica), la edad de cada organización y un conjunto de variables dicotómicas para controlar por diversos períodos históricos se bastan para *explicar* las tasas de natalidad y mortalidad organizativa.

Frente a este aséptico, aunque metodológicamente sofisticado, programa sociológico, los nuevos teóricos institucionalistas (DiMaggio, Powell, Meyer, Rowan, Zucker) plantean un modelo mucho más rico, aunque con menor poder predictivo, en el que las organizaciones actúan en un contexto dominado por la incertidumbre, el Estado, las profesiones, las conductas imitativas, los mitos y los símbolos. Basta decir esto para observar el agudo contraste que, en principio, existe entre el planteamiento de la ecología y el del neoinstitucionalismo organizativo.

En *The Transformation of Corporate Control*, Neil Fligstein, otro destacado neoinstitucionalista, realiza un estudio de caso aplicando diversas teorías para explicar los cambios que se han venido produciendo en la dirección de las cien mayores empresas industriales norteamericanas durante el siglo XX. La metodología empleada son modelos de regresión para variables dependientes cualitativas. Fligstein se pregunta si los movimientos de integración vertical, de fusión y absorción de empresas industriales obedecen a razones de eficiencia y eficacia económicas o si el papel regulador del Estado, los patrones de comportamiento de las

profesiones y las luchas de poder en el seno de las organizaciones constituyen factores predictivos más importantes. Las conclusiones de su indagación empírica son, en general, favorables al segundo lado de la disyuntiva, y permiten a la sociología plantear un reto teórico y empírico importante a otras ciencias sociales que dan por garantizada la presencia del comportamiento racional en la vida económica.

La lectura conjunta de *Organizational Ecology* y de *The Transformation of Corporate Control* puede parecer un ejercicio fácil de contrastación de dos paradigmas de organización radicalmente opuestos entre sí. Esta impresión no es del todo cierta. La teoría neoinstitucional analiza procesos micro-sociológicos (el poder, los mitos y símbolos) integrándolos en el marco macroscópico del conjunto o *campo* de organizaciones que se legitiman entre

sí en un contexto incierto y no-racional. (El concepto de campo es análogo al de población en la teoría ecológica.) Pero es precisamente ese proceso de búsqueda de legitimidad organizativa lo que constituye el sustrato de gran parte de la teoría ecológica, salvo que ésta se abstrae del nivel microsociedad y concentra sus armas en el nivel agregado de la población de organizaciones.

Esta complementariedad entre el análisis ecológico y el neo-institucional contribuye al reforzamiento mutuo de ambas teorías. Cabe esperar, por ello, que la sociología de las organizaciones realice avances significativos en los próximos años, sobre todo en el terreno empírico. La lectura de estos dos libros resulta, por tanto, altamente recomendable para todo y todo estudiante de las organizaciones complejas.

Mauro F. GUILLÉN

DOMINGO DEL PINO

Marruecos entre la tradición y el modernismo

(Granada, Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad de Granada, 1990)

Con la tranquilidad que da hablar de lo que se conoce y de lo que se quiere, Domingo del Pino, corresponsal de *El País* y delegado de la Agencia Efe en Marruecos hasta los últimos acontecimientos de Oriente Próximo, nos abre las puertas de un universo de contrastes, donde las dualidades no sólo coexis-

ten, sino que caminan en busca de su propia idea de progreso. Nos encontramos ante una monografía que con tono ágil y profundo inicia una serie de publicaciones sociopolíticas sobre el Mediterráneo en la Universidad de Granada. Con ella se contribuye a enriquecer el hasta ahora escaso panorama español en este tipo

de estudios. Su oportunidad y su calidad la hacen merecedora de nuestra «necesaria e imprescindible lectura», según la compartida opinión del ex ministro Fernando Morán, oportuno prologuista de la obra.

Los crípticos y fastuosos palacios pueden envolvernos, las mansiones lujosas y los complejos residenciales pueden engañarnos, las medinas alegres y coloristas pueden hacernos viajar en el tiempo, pero estas realidades no podrán por sí mismas, sin el auxilio de otras, revelarnos qué es Marruecos: ¿cómo se concibe y se articula el poder?, ¿qué tipo de relaciones ha mantenido?, ¿cuál es su posición en el ámbito magrebí y europeo? Todas estas cuestiones encuentran reflexiva respuesta a lo largo de los diez capítulos de la obra, en un viaje que Del Pino comienza antes de la consecución de la independencia marroquí. Tres serán las paradas obligadas: el poder, la evolución del sistema político y las relaciones exteriores.

El poder, el estudio de sus legitimidades, la personalización en la figura del soberano, la constitucionalización e institucionalización del mismo ocupan los tres primeros capítulos. En ellos ya se inicia la peculiar evolución del sistema político que constituye el grueso de la obra, en la que el autor, entre líneas y con la complicidad de quien no es extraño al destino de un pueblo, plantea, de un lado, la capacidad de la monarquía alauita de absorber y satisfacer las demandas de reforma; de otro lado, si las legitimidades dinástica y religiosa generan espacios abiertos a la modernización. La es-

fera de las relaciones exteriores se encuentra salpicada en los acontecimientos políticos internos, sin recurrir a dedicar capítulos separados más que en el caso de las relaciones hispano-marroquíes en el décimo y último.

En ningún país árabe se ha concebido un *Poder* civil independiente de la realidad religiosa. Marruecos, por razones históricas, es de los países del Norte de Africa el más susceptible de iniciar una vida de Estado con cierta autonomía. A las legitimidades del poder en sí mismo —dentro de las cuales se halla la religiosa—, se une la legitimidad de tipo operativo que reside en la funcionalidad del Estado. De la dialéctica generada surge una relación operativa en la que la legitimidad del poder asentada en lo religioso no sólo no estorba a las otras, sino que se halla cómodamente ubicada en el aparato estatal, institucionalizada en el colegio de los ulemas. Este equilibrio de dinamicidad interna puede verse truncado por la emergencia de un *geiser* de gran magnitud, el fundamentalismo islámico. Basta escarbar muy poco en la conciencia individual y colectiva para que la Charia y el Corán aparezcan. Allí donde se detienen las formas occidentales y modernizantes, allí aparece el Islam. Una sociedad que reacciona mejor a los símbolos que a cualquier razonamiento, hecho o demostración es un buen campo para simientes islámicas. Sin duda, Abdesalam Yasín intentó canalizar el potencial islámico y acceder al poder por medios democráticos. El suyo fue sólo un in-

tento, pues al margen de sus prédicas apocalípticas atacó las legitimidades religiosa y dinástica del poder. Inquietaba que sostuviese que Dios no delega en nadie su autoridad, que el ejercicio del poder corresponde a la Umma, que no es admisible calificar al poder como hereditario. Con estas afirmaciones el porvenir político no podía ser otro que la cárcel y la represión. Sin embargo, esta visible actitud hostil del poder constituido no hizo disminuir el número de asociaciones islámicas —alrededor de unas veinte—. Después de la revolución de Irán, el islam oficial y el islam militante luchan denodadamente y en disparidad de condiciones por el espacio religioso.

En Marruecos, el poder, lejos de consideraciones abstractas, tiene nombre y apellidos, es un poder personal y casi absoluto. Esta es la fuerza y la debilidad del sistema. Desde que su antecesor, Mohamed V (a quien se deben las primeras reformas legales y los primeros intentos de democratización), muriese en 1961, Hassan II ha ido progresivamente acaparando todas las legitimidades —jalifiana, sultaniana, cherifiana e histórica— y monopolizando el poder. Uno de sus mayores logros (además de acabar con el poder de España en África y domesticar al movimiento nacional) ha sido el de positivizar, con rango constitucional y en un sinfín de disposiciones ordinarias, cuanto atañe al funcionamiento del Estado. Utilizando categorías y conceptos constitucionales universalmente compartidos, les ha dotado de una operatividad *sui generis*, reservándo-

se para sí la última palabra en materias tan diversas como: formar el gobierno, presidir el Consejo de Ministros, representar a la nación, firmar y ratificar tratados, intervenir en el proceso legislativo, disolver el parlamento, declarar la guerra y proclamar el estado de excepción, nombrar a los magistrados de la justicia secular y los de la justicia religiosa, etc. Frente a este *numerus apertus* de derechos, sus obligaciones de consulta al presidente de la cámara y dirigir un mensaje a la nación, no resultan en absoluto gravosas.

Ante tal acopio de competencias la utilidad de las instancias legislativa y gubernativa puede cuestionarse. En los cuatro períodos legislativos habidos hasta el momento en el seno del parlamento no se han tratado cuestiones relevantes (para ello se celebraron Coloquios de Irán —sobre educación— y el de Economía Nacional —sobre la crisis—). Su marginalidad se agrava al no ejercer el control presupuestario, ni vigilar la acción del gobierno. Al Ministerio del Interior, ni siquiera le queda la satisfacción de ver colmado su trabajo con un gabinete acorde con los resultados electorales obtenidos. El interés de un nuevo gobierno, además de su condena a tareas de administración o gestión, es el de promoción de determinados clanes familiares con los que se refuerza el Majzén. El centro de decisión política sigue en las mismas manos. Sigilosa y operativamente, el «majzén» va extendiendo sus redes asegurándose la fidelidad de cada uno de sus nudos. Domingo del Pino intenta

aprehender esta institución tan escurridiza. Unas veces estilo de gobierno, otras aparato de vehiculación del poder. Sus raíces históricas nos lo presentan como la más sabia utilización de las relaciones individuales para legitimar, repercutir y amplificar la autoridad del sultán.

Del Pino no sólo nos ofrece este estudio del fenómeno del poder, sino que nos hace recorrer las sucesivas *etapas de la evolución* político-social marroquí:

Progresiva consolidación. Después de instalarse en el trono, Hassan II comienza con una actitud de dualidad en su proceder que no abandonará nunca (de lo que hemos tenido buena muestra en el conflicto del Golfo). Si por un lado anticipaba la revisión de los órganos del Estado en base a la participación, por el otro promulgaba unilateralmente la «Ley Fundamental de Reino». A esta ley le seguirían las Constituciones de del 62, 70 y 72. El estado de excepción y dos atentados harán que su liderazgo incuestionado busque causas de conciliación nacional. La excusa perfecta fue coger la antorcha de la reivindicación nacionalista a través de la marroquinidad del Sáahara, emprender la marcha verde y ocupar el territorio. El autor recoge los capítulos más decisivos de la descolonización del Sahara, la creación de la República Árabe Saharaui y el penoso e inacabado proceso de reconocimientos, amén de analizar la situación de los hechos en la actualidad.

La experiencia democrática se inicia con las elecciones del 77 como un ofrecimiento de reconciliación al movimiento nacionalista. El aperturismo llegaba en mal momento; lejos de lo esperado, el Sahara ocasionó más problemas de los previstos, era una herida de gran costo económico para unos bolsillos vacíos. A pesar de concesiones de todo tipo, la reactivación y la radicalización de los sindicatos volvió a aumentar la dureza de la represión.

El desencanto. La experiencia democrática se diluía. Las subidas anunciadas de cinco artículos de primera necesidad desencadena una ola de protestas que acabarían por convertirse en la huelga general del 81. Además de las controversias de interpretación constitucional, con esta huelga se inician una serie de disturbios que acabarían con el procesamiento y detención de destacados líderes de la Confederación Democrática de Trabajadores. Este período concluirá con el arresto domiciliario de los diputados socialistas ante su oposición a prolongar el mandato parlamentario, aduciendo la irretroactividad de las leyes (en concreto, la reforma constitucional aprobada por referéndum el 30 de mayo de 1980).

La ruptura blanda se produciría por un acopio de descontentos, de raíz económica en su mayoría, que las maltrechas arcas no podían solventar. Los rumores de nuevas subidas llovían sobre mojado, la población (como ha vuelto a suceder el pasado diciembre del 90, respondiendo a la convocatoria de huelga general) salió a la calle a reclamar «su pan». La

represión volvió a llenar las cárceles. Nuevas elecciones generales y un nuevo gobierno a estrenar en el 85. De por medio una «sorpresiva» unión con Libia que confundió al panorama internacional.

La recuperación arranca de la ruptura de la boda con Libia y el restablecimiento de relaciones con Argelia. Se inicia un programa de saneamiento de la economía marroquí en cooperación con el Fondo Monetario Internacional. Los aires liberalizadores inciden en la privatización del sector público y en enormes ventajas para las inversiones extranjeras. En el campo de las libertades políticas que tan buena prensa tenía se vio dañado por los informes de Amnistía Internacional. Los partidos políticos no logran conectar con la opinión pública.

Un tercer gran bloque nos conduciría al capítulo de *relaciones exteriores*, que si bien inciden en la evolución política y en el fenómeno del poder, tiene autonomía propia. Las dotes diplomáticas del monarca alauita se han puesto de manifiesto en estos treinta años y muy recientemente con motivo de la Guerra del Golfo. Practicando amores y desamores a conveniencia se ha ido dejando caer en los brazos de Estados Unidos y Rusia. Las relaciones con las antiguas potencias colonizadoras han cobrado distinto cariz, tanto por la cualidad de los contenciosos históricos, como por la de los presentes. El esquema de actuación seguido por nuestro vecino marroquí ha sido reiterado, por tanto previsible pero indudablemente eficaz. Cada

una de las tres crisis de relevancia con Francia, con la consiguiente suspensión de ayudas, ha ido seguida de un acercamiento a Estados Unidos. Si la respuesta de los americanos era negativa o insuficiente, no había problema en acudir a las puertas alemana, kuwaití o soviética. Sin duda, saber estar en el momento justo y con los «amigos» justos dejándose guiar unas veces por la cabeza y otras por el corazón (o el monedero) es el mejor de los dones de este reputado estadista.

En el caso de España, no ha faltado ningún ingrediente en nuestras relaciones para hacerlas difíciles. El diálogo entre ambos países se ha visto entorpecido por cuestiones poco pacíficas como la pesca, las reivindicaciones territoriales y la inconclusa problemática saharauí. El primero de los obstáculos enumerado, tras beneficiarse escasamente de los Acuerdos pesqueros del 77, hubo de esperar al 83 para concluir un acuerdo a largo plazo; en estos momentos la Comunidad Económica Europea asume la negociación evitándonos puntos añadidos de fricción. Ceuta y Melilla siguen siendo el talón de aquiles, un arma política de treinta y tres kilómetros cuadrados, sobre los que pesa una historia plagada de ocupaciones, cercos, conquistas, cesiones y tratados hasta llegar a ser lo que conocemos. Desde que en la Paz de Tetuán en 1810 se reconocieron definitivamente los límites de las dos ciudades, Marruecos no ha dejado de reivindicarlas. En la dialéctica marroquí se han observado distintas etapas: antes del Protectorado, tras la consecución de

la independencia y la iniciada en el 87 con la propuesta de una «Célula de Reflexión hispano-marroquí». Dormida la conciencia por el tiempo, la cuestión del Sahara aparece como una «historia interminable» de la que ni siquiera se sacó rentabilidad política ni económica. En la actualidad, no sin optimismo de nuestro compañero de viaje, hay ánimos confesados por las dos partes de abordar las relaciones sin traumas (como están demostrando los hechos en la actualidad), con la madurez suficiente para mirar al horizonte y prever a largo plazo soluciones que

cierren una página de más de dos siglos de enfrentamiento.

Domingo del Pino, a lo largo de estas páginas, pone de manifiesto cómo, a pesar de que la capacidad de iniciativa haya sido reducida a la mínima expresión, no se ha podido acabar con la reivindicación de una Constitución democrática y de un reparto más justo de la riqueza. Los iniciados en la materia y el lector ocasional dispondrán de una buena muestra de cómo rigor y estilo no están reñidos.

M^a Angustias PAREJO FERNÁNDEZ

ERIC DUPIN

Oui. Non. Sans opinion. 50 ans de sondages IFOP

(París, InterEditions, 1990)

El Instituto Francés de Opinión Pública y de Estudios de Mercado, conocido bajo sus siglas IFOP, fue creado por Jean Stoetzel en 1938. Con la puesta en marcha de este Instituto se introdujeron en Francia los estudios de opinión a través de encuestas. En 1945, el IFOP funda el Instituto de Estudios ETMAR, cuyo objetivo era realizar estudios de mercado nacionales e internacionales. Estas dos fechas marcan el inicio del importante desarrollo que han conocido las encuestas en Francia. Además, el IFOP ha participado activamente en los trabajos del grupo Gallup, animados durante muchos años por el mismo George Gallup (1901-1984), fundador del

primer Instituto de encuestas de opinión en EE.UU. El IFOP es el que introduce la técnica de la encuesta en Francia y hasta 1963, fecha de creación de la Sociedad Francesa de Investigación Mediante Encuestas (SOFRES), ha sido el único Instituto encargado de hacer este tipo de trabajos. Esta situación de monopolio explica —como dice el autor de la obra comentada— que IFOP y *sondage* fueran entonces dos términos casi sinónimos.

Los principales sectores de actividad del IFOP han sido y son: el márketing, los medios de comunicación, la publicidad, las empresas y los estudios de opinión. En 1988, el IFOP se incorporó al Groupe

Bossard, primer grupo francés de asesoramiento y de servicios a las empresas. Las filiales IFOP-Salud, Hechos y Opiniones, EOS, así como la Sociedad Différence, formarán parte, en lo sucesivo, de la actividad del grupo.

El IFOP ha demostrado desde su origen su vocación científica, y ha contribuido de una manera notoria a la historia de la opinión. Dirigido por los fundadores, Jean Stoetzel primero, Alfred Max después, esta vocación ha sido perseguida sin interrupción por Roland Daoun, Hélène Riffault, Alain Girard y Cristophe Riboud.

Después de cincuenta años, gracias a los estudios de opinión y a los medios de comunicación que le han hecho eco, el IFOP es la memoria de la opinión pública y de la sociedad francesa, con una base de datos única que constituye una referencia permanente para quienes están interesados en estas materias.

La encuesta no es una invención francesa, dice Eric Dupin, sino que nace en EE.UU. con George Gallup, quien fundó en 1936 el Instituto que lleva aún su nombre. La técnica de la encuesta tuvo ocasión de demostrar su importancia y utilidad desde las elecciones presidenciales americanas de 1936. Tras este comienzo de la era de la encuesta, Gran Bretaña es el primer país europeo afectado por este fenómeno. Un enviado de Gallup está en el origen de la creación, también en 1936, del Instituto Británico de Opinión Pública, que efectúa su primera encuesta en 1938. Francia le sigue de cerca y, en abril de 1938, Jean Stoetzel, fun-

dador del IFOP, conoce a George Gallup en la Universidad de Columbia. Es él quien acuña el término francés de *sondage*, destinado a señalar la dimensión reducida de la muestra. El IFOP se crea ese mismo año, con el objetivo de la investigación científica, de estudiar día a día los hechos de opinión, y de analizar las condiciones sociológicas de este fenómeno, según Stoetzel.

Una vez confirmada la vocación científica del nuevo Instituto, sus trabajos se publican en la revista *Sondages*, cuyo primer número sale a la luz en 1939, y que aparecerá regularmente hasta 1978. Así, en medio siglo de existencia, la suma de informaciones recogidas por el IFOP es sumamente importante y abarca campos tan diversos como: la política, las cuestiones de sociedad, lo social y lo económico. El IFOP ha constituido así un banco de datos de una incomparable riqueza para todo aquel que se interesa por la evolución de la opinión pública francesa desde hace cincuenta años.

Esta riqueza temática del banco de datos del IFOP obliga al autor de esta obra a realizar una selección tan severa como subjetiva, dicho con sus propias palabras. El libro reúne así un conjunto de encuestas realizadas por el IFOP en torno a diecinueve materias muy concretas. Su objetivo ha sido mostrar lo que las encuestas han aportado al conocimiento de los temas más variados, desde Europa a la religión, pasando por los conflictos sociales o la condición de las mujeres. Se incluyen cuadros y gráficos elaborados a par-

tir de dichas encuestas. Se especifica la fecha de realización de la encuesta, al igual que el órgano de prensa o el organismo que lo ha encargado, siempre que el cliente ha podido ser identificado. Cuando una encuesta no se ha dirigido a una muestra representativa del conjunto de la población francesa adulta, se indican las características de la subpoblación interrogada. Sin embargo, en este libro se echa de menos un índice de cuadros, tablas y gráficos, así como la utilización de referencias bibliográficas que enmarquen el objeto de estudio. Quizá el sugerente título que identifica a esta obra podría confundir a algunos lectores interesados en el análisis profundo de las encuestas de opinión. No obstante, la idea original es loable: recopilar la información contenida en el Banco de Datos de un Instituto de Opinión Pública francés, por lo que puede resultar útil a los investigadores interesados tanto en la técnica de la encuesta como en la opinión pública francesa.

Esta obra, que aparece en enero de 1990 y consta de 320 páginas, está estructurada en diecinueve capítulos, dedicando cada uno de ellos a los temas —objeto de estudio del IFOP— que han sido seleccionados por el autor, como una muestra representativa de medio siglo de historia de la mentalidad de los franceses.

En el primer capítulo se describen los comienzos de las encuestas en Francia. Los capítulos segundo, tercero y cuarto están dedicados a la política. El quinto capítulo, titu-

lado por el autor: «¿se equivocan las encuestas?», además de ser el más extenso, aborda un tema de especial interés para las personas que investigan con esta técnica de recogida de datos.

Según Eric Dupin, existe un medio muy simple para cerciorarse de la inestabilidad de las opiniones recogidas a través de las encuestas: las elecciones. El sufragio universal, dice, tiene el mérito de validar de manera inconfundible la técnica de la «muestra representativa», y también de mostrar sus límites. La comparación de estudios preelectorales con los resultados de un escrutinio es la única manera de verificar la pertinencia de las encuestas, pero este ejercicio supone, según E. Dupin, indispensables precauciones. Hay en principio un problema de tiempo, pues la encuesta no es una previsión del estado futuro de la opinión. Durante la campaña electoral, todo puede cambiar de un día a otro. Además, una encuesta, incluso realizada a algunos días del escrutinio, no puede tener en cuenta las últimas variaciones de la opinión. Una intención de voto no es un voto, la intención declarada está siempre dentro de la probabilidad («¿Por quién tiene Vd. más posibilidades de votar?») y/o de lo condicional («¿Si la elección tuviera lugar hoy...?»). No hay que olvidar nunca que la intención de voto permanece en el orden de la opinión, mientras que el voto resulta de la decisión.

Tampoco hay que olvidar las diferencias de orden práctico, en el sentido de la desconfianza que puede tener el entrevistado ante el

anonimato de la entrevista. Conviene asimismo recordar los límites técnicos del instrumento, cuando se comparan encuestas preelectorales y resultados de las urnas. En las encuestas hay que tener en cuenta siempre el margen de error, generalmente estimado en el 3 por 100 cuando se han realizado 1.000 entrevistas, y la precisión no aumenta mucho cuando se incrementa el número de personas interrogadas.

Los resultados obtenidos en las encuestas realizadas por el IFOP han variado según el tipo de elección. En los referendos es en donde el IFOP ha mostrado un mayor éxito con sus encuestas, aunque también ha obtenido algún fracaso, como fue el caso del Referéndum del 5 de mayo de 1946 (primer proyecto de Constitución*), en donde las desviaciones entre sus cifras y el resultado de las urnas se elevaron al 7 por 100. El IFOP explicó esta desviación por una decisión tardía de los indecisos en favor del «no», más que por los cambios del último momento de partidarios del «sí» hacia el «no». Con ello se realza aquí la primera causa de «error» de las encuestas preelectorales: las evoluciones posteriores a la última encuesta efectuada. Se detallan, en este quinto

capítulo, más encuestas preelectorales realizadas por el IFOP, y se subraya otra de las causas importantes de los desvíos de éstas: la abstención.

Los capítulos siguientes se dedican a temas que han sido o son de interés general para la opinión pública francesa, como: cuando se piensa en la guerra (cap. 6); Europa, un sueño para pasado mañana (cap. 7); lo que preocupa a los franceses (cap. 8); economía, la terrible incredulidad de los franceses (cap. 9); viva el Estado, abajo la administración (cap. 10); huelgas: el usuario contra el ciudadano (cap. 11); el racismo, un viejo conocido (cap. 12); la religión en peligro (cap. 13); la salud, esto es sagrado (cap. 14); Francia tiene miedo (cap. 15); feminismo, una conquista inacabada (cap. 16); el servicio militar, está bien para los otros (cap. 17); la carretera que mata (cap. 18); y ¡viva el tiempo libre! (cap. 19).

El libro concluye con unas reflexiones en torno a las lógicas de la opinión, entre las que cabe destacar las que se recogen en un epígrafe titulado el «Test de los "sin opinión"». Según el autor, existe un medio muy simple de verificar si una encuesta mide una opinión firmemente determinada o no: examinar el nivel de las no respuestas. En su opinión, se hace poco caso de las personas que no se pronuncian. Si el número de estas personas es muy elevado se trata, generalmente, de que la pregunta, bien por su formulación, su tema, o bien por el momento en el que se ha planteado,

* El 5 de mayo de 1946 se sometió a Referéndum el primer proyecto de Constitución en Francia. Los electores rechazaron el régimen de Asamblea única y eligieron una nueva Asamblea constituyente que redactó un texto de compromiso, creando una segunda Asamblea con poderes limitados: el Consejo de la República. Los resultados de este Referéndum fueron: el 45,97 por 100 a favor del «Sí», y el 54,03 por 100 a favor del «No».

no ha suscitado una atención pertinente. Una indeterminación relativa de la opinión, debe incitar a tomar precauciones antes de proclamar de

manera perentoria: «les français pensent que...».

Pepa CRUZ CANTERO

ROSARIO OTEGUI PASCUAL

Estrategias e identidad. Un estudio antropológico sobre la provincia de Teruel

(Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, Excma. Diputación de Teruel, 1990)

Como indica el prologuista (Enrique Luque) de esta sensible y honesta investigación, el estudio se encuadra en el marco intelectual de los trabajos sobre la identidad regional tan estimulada por la transición política de los últimos años. Explora, como en otros casos*, los niveles de identidad en el mundo rural de la provincia (Teruel en este trabajo) desde la perspectiva de la Antropología Social.

A este respecto me gustaría señalar de partida la novedad que supone este tipo de investigación al superar la típica y tópica pequeña comunidad rural o el grupo marginado sobre el que hasta entonces habíamos trabajado los antropólogos. El enfoque de los estudios de comunidad —hoy tan practicado, por cierto, en otras disciplinas— ha sido justamente criticado por su tendencia a considerar a ésta como una enti-

dad aislada y autosuficiente, por esconder los lazos de la comunidad con el contexto más amplio de la región y de la nación en que estaba inmersa, por convertir en suma la comunidad en una «tribu». (Aunque al mismo tiempo los antropólogos que estudiaban propiamente tribus remarcaban, por el contrario, la dinámica interacción e interrelación de estos colectivos en el tiempo y el espacio con el mundo más amplio del que forman parte.) El uso y abuso de estos pequeños grupos rurales, pequeños y recoletos, parecía derivarse directamente de la técnica favorita del antropólogo, la observación participante, que tan bien se adaptaba a una pequeña colectividad con nítidas fronteras (y si no eran tan nítidas ya se intentaría que lo fueran). Lo que no estaba tan claro es por qué esa pequeña colectividad tenía que ser el colectivo raro, exótico y marginal que entonces elegíamos y no, por ejemplo, la sin duda fascinante pequeña élite de los poderosos.

Para intentar superar este *tic* antropológico surge en nuestro país el estudio de la identidad, que se

* Dirigidos por C. Lisón, entre otros del mismo equipo, el de José LISÓN ARCAL, *Cultura e identidad en la provincia de Huesca*, Caja de Ahorros de la Inmaculada, Zaragoza, 1986, o el de M.^a Isabel JOCILES RUBIO, *La casa en la Catalunya Nova*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1989.

pretende no sólo relevante para la sociedad actual, sino que además plantea un objetivo más amplio y comprensivo que el precedente. Pero sin embargo la propia definición del objeto de estudio conlleva no pocos problemas políticos, geográficos, históricos e ideológicos que evidencia la aparentemente simple (pero en realidad muy significativa y compleja) elección del inocente rótulo de «regionalismo» que algunos investigadores han utilizado para caracterizar estos estudios frente a un alternativo «nacionalismo» de otros. Detrás, evidentemente, dos filosofías políticas muy dispares. Pues bien, el estudio de la «provincia» tiene connotaciones y riesgos muy similares. ¿A qué nivel de abstracción existe la cultura turolense?, ¿no subyace la peligrosa correlación de un territorio común, una cultura y un lenguaje común?, ¿por qué la provincia y no cualquier otro nivel de análisis?, ¿por qué únicamente las zonas rurales?, etc.

Aun con este problema de partida, Charo Otegui ha realizado un espléndido trabajo en varios sentidos. Por una parte es sorprendentemente consciente de estos prejuicios y en su discusión de los «valores asociados al territorio» (cap. V) plantea los problemas de concepción del espacio y la identidad, defiende una perspectiva de la comarca más sofisticada que la usual, mecánica y *Näif*, al poner de manifiesto su naturaleza radicalmente variable y móvil en el tiempo y en el espacio. He aquí su postura sobre los factores o signos diacríticos «que coayudan a la formación de una conciencia comarcal,

tales como diferente geografía, actividad económica, existencia de un núcleo, etc. (...) no son utilizados en el mismo sentido y de la misma forma en las diferentes zonas comarcales (...) al no ser inmutables permiten a los actores su elección o rechazo en un proceso histórico y dialéctico de recomposición de la comarca» (p. 136). El turolense no forma una tribu, evidentemente.

Su análisis de abajo arriba —la casa, la comunidad local, la comarca y la Autonomía frente a otras— se plasma a dos niveles interrelacionados: la organización estructural por un lado y la configuración ideológica por otro. Así va desgarrando no sólo los aspectos formales de reproducción doméstica, sino los valores asociados a los hombres y mujeres que la componen; a las asociaciones locales une la representación simbólica de la vecindad; a la especificación de niveles comarcales, el análisis de los estereotipos regionales. El material utilizado de primera mano, cualitativo, rico y diverso se refiere fundamentalmente a las formas «tradicionales» como, por ejemplo, fiestas y romerías generadoras de identidad, si bien también se apuntan nuevas formas de identidad; su análisis da preferencia a los aspectos más netamente culturales, los símbolos y rituales de identidad. Viene a concluir que los estereotipos regionales, aparte sus condicionamientos históricos, económicos y sociales, sirven tanto de un subjetivo «espejo reflectante, de aglutinadores de intereses diversos y en definitiva... una elaboración mental para particularizar» como de instrumentos «reales y objetivos en cuanto que

diferencian y categorizan las relaciones interregionales» (p. 199). La identidad a la vez delimita fronteras y las supera, es «una respuesta a los problemas de interacción. Frente a las posturas que sostienen que la solidaridad intercomunitaria es más fuerte entre pueblos aislados (...) es el contacto, la relación, el intercambio entre grupos humanos el que facilita el estallido de la conciencia diferenciadora» (p. 200).

Pero quizá aún más importante que sus aportaciones concretas es el talante, calidad y calidez de la investigadora. Frente a la utópica aspiración de que el etnógrafo recogía «datos objetivos desapasionados», hoy se reconoce, por fin, la inevitable interferencia humana que en el proceso de la etnografía ejerce el observador en lo observado. Para bien o para mal según los casos. Hay aquellos en que el etnógrafo hace bien en tratar de ocultarse porque desvela las circunstancias oscuras de su investigación, su consideración infantilizante y demagógica de los «sujetos» de estudio (a los que quizá califica de «objetos») y su adhesión acrítica y canónica a textos y teorías coyunturales. No es éste el caso de Charo Otegui, puesto que su posición teórica —y la naturaleza de su mirada— proviene evidentemente de su propia postura vital y probablemente tiene bastante que ver con su trayectoria profesional e independencia personal. La etnografía, hemos comprendido finalmente, es básicamente una cuestión de ética y experiencia. La interferencia humana en el caso de Otegui es una espléndida interferencia.

Otegui, que parte de un trabajo intensivo y extensivo en profundidad —dos años a tiempo completo y un total de 1.400 informantes entrevistados—, ha sabido unir rigor, sentido crítico y sensibilidad hacia sus objetivos de estudio. A la representatividad de la muestra, una labor costosa y minuciosa en tiempo y dedicación, se une la comunicación de los sentimientos humanos a través de citas populares de un gran encanto y espontaneidad, bien elegidas, que apoyan el texto. La presencia de la autora en el texto no es intrusiva ni narcisista, sino por el contrario —y esto según mi punto de vista es un error— más bien aparentemente nula, y sin embargo se intuye su esfuerzo en trabajo de campo y esa mezcla de soledad del buen etnógrafo y su simultánea dependencia e interrelación con esos seres humanos que estudiamos. Esto es evidente en uno de los poquísimos comentarios personales que ofrece este libro y que no me resisto a señalar: en uno de los pueblos que trabaja, cuenta cómo tras hacer una entrevista en una pequeña aldea, el dueño de la casa al día siguiente se acerca a su domicilio en una población mayor y le dice: «*como se acercan las Navidades, mi mujer y yo hemos pensado que se venga a nuestra casa a pasarlas con nuestros hijos que vienen de Barcelona, ya le haremos un sitio. En esta tierra no se puede sentir que esté usted sola*». Otegui afirma que éste es un ejemplo de la categoría «nobleza» entendida como «generosidad».

Sólo me resta señalar la importancia de escuchar las «voces» de

hombres y mujeres turolenses en las páginas de esta investigación. Este es, sin duda, un trabajo sólido, en el sentido de estar básicamente enraizado en la comunicación de una expe-

riencia humana. También es un valiente intento de reflexionar sobre el significado, los significados, de esa vital experiencia.

María CÁTEDRA

FRANCISCO ANDRÉS ORIZO

Los nuevos valores de los españoles

(Madrid, Fundación Santamaría, 1991)

Tomar el pulso a la sociedad es algo que los sociólogos estaríamos deseando poder hacer; sin embargo, no todos tenemos la oportunidad como la que brinda a Orizo el proyecto europeo promovido por la Fundación *European Value Systems Study Group* (EVSSG) desde hace varios años (1983) en que se llevó a cabo la primera Encuesta Europea de Valores. Aquella ocasión permitió al autor la publicación del libro *España, entre la apatía y el cambio social*, editado en Mapfre (Andrés Orizo, 1983).

El tema de los valores es muy complejo y sólo suele utilizarse para hacer afirmaciones generales, como «la juventud actual carece de valores» o «el dinero es el único valor de la sociedad actual». Sin embargo, el autor viene trabando desde antiguo, que sepamos en 1979 ya publicó en la colección de monografías del CIS un trabajo en el que se trataba este tema (Andrés Orizo, 1979), y aportando su experiencia. Ello hace que el libro que presentamos tenga una característica peculiar, no se trata del resultado de una sola encuesta,

sino que en él se ofrece la comparación entre las dos encuestas, la de 1983 y la actual, intercalándose además resultados de otro reciente trabajo como es el de la Encuesta de la Juventud, realizado para la Fundación Santamaría por este autor, entre otros (Andrés Orizo y otros, 1989).

¿Qué son los valores? Según la Enciclopedia de Ciencias Sociales, «el término *valores* puede referirse a intereses, placeres, gustos, preferencias, deberes, obligaciones morales, deseos, necesidades, aversiones, atracciones y muchas otras modalidades de orientación selectiva» (tomo 10, p. 607); son por tanto actitudes vitales, que van a determinar nuestros comportamientos, a pesar de que en distintas ocasiones se ha constatado que no existe una total correspondencia entre ambos. Estos comportamientos van a dar lugar a la construcción de la sociedad, con un tipo de demandas o de otras, con un tipo de expectativas u otras, etc. Se podría decir que el término se ha sustituido, aunque no formalmente, por el de «estilos de vida» (E. V.),

que actualmente se utiliza mucho pero al que nadie ha dado un contenido global (se utiliza parcialmente para definir parcelas del propio contenido sociológico: por ejemplo, E. V. y Familia; E. V. y Salud; etc.).

El grupo europeo al que pertenece el autor trata de teorizar sobre el tema. Ya sabemos que una encuesta no es absolutamente teoría sociológica, pero también sabemos que la teoría se construirá y se reforzará hoy en día a partir de las constataciones empíricas. En este sentido trabaja el autor tomando conceptos de Ronald Inglehart, que en *The Silent Revolution* realiza una propuesta teórica acerca de los valores *materialistas* y *posmaterialistas*, la medida de éstos consta de una pregunta básica que trata de la preferencia del entrevistado acerca de «mantener el orden en la nación» o, por el contrario, «aumentar la participación de los ciudadanos en las decisiones importantes del gobierno». El materialismo y posmaterialismo adquieren las siguientes características:

El materialismo es un valor de la derecha política en el que prima el crecimiento económico, el orden, etcétera, entre los que se sitúa la opción prioritaria por la libertad. Frente a tales valores se encuentra el posmaterialismo, que es un valor de la izquierda política, para la cual lo más importante sería tener en cuenta la opinión de las personas, conceder valor a la sociedad humana, la participación ciudadana, etc., entre los que se sitúa la opción prioritaria por la igualdad.

Otro de los conceptos utilizados es el de la *solidaridad*, que se basa en el concepto de «solidaridad mecánica» de Durkheim y que hace referencia a la cohesión de grupo pequeño que ha sido desarrollada fundamentalmente por Bengston y Schrader (1988). Estos elaboran para estudiar la relación entre padres e hijos, seis niveles en los que se establece dicha relación:

- *Solidaridad asociativa.*
- *Solidaridad afectiva.*
- *Solidaridad consensual.*
- *Solidaridad funcional o de intercambio.*
- *Solidaridad normativa.*
- *Estructura familiar intergeneracional.*

Se utiliza también la teoría de las redes existenciales de Maffesoli (1990) en su reciente publicación *El tiempo de las tribus*, que según Jesús Ibáñez constituiría la visión optimista de la posmodernidad frente a Baudrillard (Maffesoli, 1990).

Aparecen también los conceptos de *felicidad* que se toma de Julián Marías, el de *libertad* de Salvador Giner, entre otros conceptos que van a ser los que mayor importancia pueden cobrar en un momento determinado a lo largo del trabajo que reseño.

El propio autor maneja conceptos no utilizados hasta ahora por otros autores o al menos no tan conocidos como «sociedad débil», «desapasionada», «tono europeo», etcétera.

Antes de entrar en materia queremos puntualizar algunas cuestiones

metodológicas y de presentación del libro. En primer lugar, ya sabemos todos que la pura empiria es algo «duro», tanto para el que lo trabaja como para el que lo lee; en este sentido el autor ha tratado de suavizar el texto introduciendo tablas y sacando datos del texto, con el efecto perverso de que el lector se ve obligado a dejar el curso de su lectura para contrastar datos de las tablas con la subsiguiente pérdida de continuidad discursiva. Otra cuestión que no resulta lógica es la ausencia de cuestionario, éste se encuentra a disposición de quien quiera verlo en el ESCR DATA ARCHIVE en la Universidad de Essex, pero parece lo más lógico no ahorrar edición e introducirlo en el texto.

Por último, a nivel metodológico queremos resaltar que el análisis estadístico utilizado por el autor son sus ya clásicos análisis factoriales ampliamente citados por García Ferrando (1982, p. 373).

En este estado de cosas el libro se estructura de forma que queda dividido en 11 capítulos donde los primeros hacen referencia a relaciones de las personas con los demás y consigo mismas, y a continuación vienen los valores sociales. Entre los primeros se encuentran los estados de felicidad y satisfacción de los individuos, entre los segundos están los elementos ideológicos, el posicionamiento ante el trabajo, la familia, etc.

El autor llama a las cabeceras de los cruces que efectúa, factores explicativos. Estos son: edad, sexo, tamaño de hábitat, clase social subjetiva, ocupación (cuenta propia, aje-

na, estudiante, desempleado, ama de casa, jubilado); entre los que trabajan distingue entre ocupación manual y no manual, «regiones», «posicionamiento ideológico según sea la importancia de Dios en la vida» y la escala izquierda-derecha; además el autor señala en la página 12 de su obra que utiliza también de una manera no estandarizada materialismo-posmaterialismo, movilización política o liderazgo y fuerza de personalidad.

A lo largo del análisis van emergiendo una serie de resultados entre los que podemos destacar:

a) Los ciudadanos no están interesados en convencer a otros de sus propias ideas, no quieren asumir responsabilidades, ni pretenden tener ideas claras sobre cómo comportarse o dar consejos a otros (p. 18).

b) Existe desconfianza hacia el exterior y se busca refugio en la vida familiar y otras redes sociales (p. 22).

c) Destruída la solidaridad de clase como efecto del desarrollo económico se pasa a la insolidaridad de estatus y la creación de «nuevas solidaridades» (p. 24).

d) Estudia la necesidad de elaborar un nuevo mensaje religioso (p. 53).

e) Precia una potencial demanda de directrices que permitan distinguir entre el «bien» y el «mal»; según el autor, en EE.UU. un 85 por 100 de la población tiene claro qué es el «bien y el mal» (p. 94); sin embargo, en España sigue primando la tolerancia frente a las certezas morales (p. 95).

f) Deduce el autor de los datos que se está produciendo un *avance de unas normas de ética social* (p. 101).

g) Los españoles a la hora de considerarse *una persona religiosa* se sitúan en el medio europeo. Por encima están Portugal, Grecia e Italia, y por debajo Alemania, Francia y Holanda (p. 122).

h) En cuanto a la política, el autor encuentra una relación entre los países católicos y el hecho de no estar nada interesados en la política (p. 149).

i) En cuanto a lo económico, el 73 por 100 de los españoles demandan cambios en el sistema económico (p. 201).

Termina su libro Francisco Andrés Orizo con una recapitulación y un epílogo. En la recapitulación encontramos las conclusiones de la Encuesta de Valores, entre las que cabe destacar:

1) Con relación a 1981, la sociedad española se encuentra con una menor *vivacidad psicológica*, medida en términos de sentimientos y estados psicológicos, existe un mayor equilibrio afectivo que antes.

2) Van surgiendo en la sociedad nuevas solidaridades, aunque están todavía sin identificar.

3) Dentro de la familia se comparten más códigos normativos que hace diez años. Las fórmulas alternativas a la familia van perdiendo adeptos.

4) El autor prudentemente llama segregacionismo al hecho de aceptar o no aceptar en la vecindad a ciertos tipos de personas, los re-

sultados son muy claros: los motivos racistas ocupan el último lugar y los drogodependientes son los más rechazados.

5) Un apartado que se refiere al factor religioso muestra el descenso leve de los sentimientos religiosos; sin embargo, parece que se incrementa la opinión de que la Iglesia da respuesta a las necesidades espirituales del hombre.

6) Nos muestra también la alta aceptación por parte de la opinión pública de los movimientos sociales como son los pro-derechos humanos, ecologista, anti-*apartheid*, etc. En cuanto a las instituciones sube la valoración sobre el sistema de Enseñanza, la Prensa, las Grandes Empresas y los Sindicatos, y bajan la Policía, las Fuerzas Armadas y los Funcionarios.

7) En cuanto a política, según esta encuesta, «sólo un 26 por 100 de los españoles adultos está algo o muy interesado por la política».

8) Una demanda es la de recuperar los «buenos modales» y ciertas formas de comportamiento para los niños.

En el epílogo se realiza una reflexión que podríamos llamar metodológica en la que los factores, especialmente los más clásicos dentro de la literatura sociológica, se muestran como poco explicativos; por ejemplo, dentro de la variable sexo la categoría mujer ya no puede ser tomada como un todo —en este caso, Orizo llama la atención de lo que podría constituir una nueva categoría que serían las mujeres según trabajen o no—; este importante pun-

to debería ser ampliamente discutido en los medios sociológicos porque viene siendo una constante la pérdida de significación de la variable sexo, pero nadie se decide a dar el paso de intentar con técnicas estadísticas más sofisticadas obtener modelos causales más pertinentes que los relacionados con el factor sexo, cuya dependencia de otras variables es ya claramente innegable. El autor considera que la edad mantiene todo su poder explicativo, pero incluso en su texto (grado de satisfacción, p. 26; autoposicionamiento político, p. 158; frecuencia con que habla de política..., p. 154; etc.) se muestra que no existe una relación lineal, sino que la relación adopta la forma curva en U, resultados en los que por fuerza tienen que estar implicadas otras variables.

Concluyendo, entre otras cuestiones, el autor, aunque sin considerarlo muy adecuado como adjetivo aplicable a una sociedad, la considera «desapasionada» («baja de tono» también en sus términos), palabra que a los medios de comunicación les ha impactado de forma que el libro ha tenido más repercusión pública que otras obras del mismo autor. Es decir, la palabra frente al contenido es como siempre el único material que interesa a los medios de comunicación. Lo que no obsta para que podamos desde aquí decir que si la sociedad está desapasionada, el tema que aquí tratamos sí es apasionante.

Finalmente, no podemos obviar el rechazo que entre el colectivo de sociólogos y en general en otros colectivos sociales, han suscitado ciertos temas como consecuencia del significado que tenían con anterioridad a la transición, pero que ahora nos toca retomar. Cuestiones como virtudes (que ya trató recientemente Victoria Camps), valores, creencias, etcétera, no deben ser obviadas por causa del uso ideológico que se les haya dado en otros momentos de nuestra historia. Son parte del esquema social y, como tales, elementos a considerar en cualquier propuesta progresista de cambio.

En definitiva, es un libro que hay que leer, discutir y no perder de vista.

BIBLIOGRAFIA

- ANDRÉS ORIZO, F. (1979): *Cambio sociocultural y comportamiento económico*, Madrid, CIS.
- ANDRÉS ORIZO, F. (1983): *España entre la apatía y el cambio social*, Madrid, Mapfre.
- GARCÍA FERRANDO, M. (1982): *Socioestadística*, Madrid, CIS.
- MAFFESOLI, M. (1990): *El tiempo de las tribus*, Madrid, Icaria.
- MANGEN, D. J. (1988): *Measurement of Intergenerational Relations*, Londres, Sage.
- INGLEHART, Ronald (1977): *The Silent Revolution*, Princeton University Press.
- WILLIAMS, R. (1974): «Valores», en *Enciclopedia de las Ciencias Sociales*, Madrid, Aguilar.

Josune AGUINAGA ROUSTAN